

---

*Fernán González, S. J.*

## VISION CRISTIANA DEL DESARROLLO DE LOS PUEBLOS

---

Este discurso, pronunciado por S.S. Juan Pablo II en el aeropuerto de Namao (Canadá) el 17 de septiembre de 1984, es una homilía de hondo sabor litúrgico y escriturístico, que se centra en la responsabilidad universal de los cristianos. El Papa va comentando los textos de la misa en el contexto de las relaciones entre la paz y el desarrollo de los pueblos, teniendo muy presente la encíclica *Populorum Progressio*, de Pablo VI.

La homilía papal arranca del anuncio de la paz del salmo responsorial (84/85, 9,10) que el Papa interpreta en tres esferas diferentes: el bien interior de las conciencias, el bien de la convivencia humana y el bien social e internacional. Este último es el tema central de Pablo VI en la encíclica anteriormente citada, cuando proclamaba el desarrollo como nuevo nombre de la paz. Siguiendo esta línea, el Papa centra el tema del desarrollo o progreso de los pueblos como el objeto principal de sus meditaciones y oraciones durante la Eucaristía, cuyo pluralismo eclesial subraya (n. 1).

Teniendo en cuenta nuestro tema, pienso que en cierto sentido todo Canadá participa en esta reunión de Edmónton. Puesto que el tema lo propuso la comunidad local, se ha hecho así pensando también en toda la sociedad, para la que la causa del desarrollo

de los pueblos es asunto de importancia suma y de responsabilidad social e internacional. Especialmente por ser el "desarrollo" o "progreso" el nuevo nombre de la "paz". (n. 2).

Pero el texto central de la homilía va a ser el pasaje del Juicio final (capítulo 25 de San Mateo), que el Papa interpreta en términos de las relaciones entre países ricos y países pobres. Juan Pablo II señala cómo este pasaje relaciona íntimamente nuestra fe con nuestra conducta moral: Jesucristo tiene derecho a ser Nuestro Juez porque se hizo *nuestro hermano*; Jesús juzga en nombre de su solidaridad con cada persona y en nombre de nuestra solidaridad (n. 2).

Nuestra fe en Jesucristo halla aquí como una expresión final: "El Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado al Hijo el juicio de todos" (Jn. 5,22). En el Evangelio de hoy Cristo se presenta a nosotros como Juez. Tiene derecho especial de hacer este juicio; pues se hizo uno de nosotros, nuestro hermano. Esta fraternidad con la raza humana y, al mismo tiempo, esta fraternidad con cada persona individual, le llevó a la cruz y resurrección. De modo que juzga en nombre de su solidaridad con cada persona y también en nombre de nuestra solidaridad con El, nuestro hermano y redentor, a quien descubrimos en cada ser humano: "Tuve hambre. . . tuve sed. . . fui forastero. . . estuve desnudo. . . enfermo. . . en la cárcel. . ." (Mt. 25, 35-36) (n. 3).

Esta solidaridad es vista en el contexto de la dimensión social de la ética cristiana, expresada en el Vaticano II, que sigue en esto toda la tradición de la Iglesia: la persona comparte en sí misma las necesidades de los demás. Por esto, Cristo se refiere en el pasaje del Juicio final a la dimensión universal del mal y de la injusticia, que el Papa refiere al contexto internacional actual subrayando explícitamente que no se trata solo del contraste Oriente-Occidente sino al existente entre "el Norte cada vez más rico y el Sur cada vez más pobre". Según el Sumo Pontífice, "a la luz de las palabras de Cristo, ese Sur pobre juzgará al opulento Norte". En este contexto internacional, Juan Pablo II va más allá en la denuncia del monopolio imperialista en la economía y política: los pueblos pobres, desprovistos de alimento, libertad y otros derechos humanos, "juzgarán a los que arrebatan estos bienes, acumulando para ellos el monopolio imperialista del predominio económico y político a expensas de otros" (n. 3).



Asimismo, siguiendo toda la tradición, el Concilio Vaticano II nos advierte que no nos detengamos en una interpretación "individualista" de la ética cristiana, puesto que la ética cristiana tiene también una *dimensión social*. La persona humana vive en comunidad, en sociedad. Y con la comunidad comparte hambre y sed y enfermedad y desnutrición y miseria y todas las deficiencias que se siguen de ello. Se supone que el ser humano experimenta las necesidades de los demás en sí mismo, sea hombre o mujer.

Por ello habla Cristo *Juez* de "mis humildes hermanos" y a la vez se refiere a *cada uno de todos*.

Sí. Se está refiriendo a la dimensión universal total de la injusticia y del mal. Está hablando de lo que hoy solemos llamar contraste Norte-Sur. No solo Oriente-Occidente, sino también Norte-Sur, el Norte cada vez más rico y el Sur cada vez más pobre.

Sí, el Sur *progresivamente más pobre* y el Norte *aumentando siempre su riqueza*. Más rico también en recursos de armas con las que las superpotencias pueden amenazarse mutuamente. Y se *amenazan mutuamente* —también se da esta razón— *para no destruirse mutuamente*.

Esta es una dimensión diferente —y en opinión de muchos es la dimensión prioritaria— de la amenaza diaria que se cierne sobre el mundo y, por ello, merece atención especial.

Y, sin embargo, a la luz de las palabras de Cristo, este *Sur pobre juzgará al opulento Norte*. Y los pueblos pobres y las naciones pobres —pobres de modos distintos, no sólo faltos de alimento, sino también privados de *libertad* y de otros derechos humanos— juzgarán a los que les arrebatan estos bienes, acumulando para ellos el monopolio imperialista del predominio económico y político a expensas de otros. (n. 4).

Pero el contenido del pasaje evangélico del Juicio final no se limita a señalar las distintas esferas de la injusticia y del mal humanos, sino que da primeramente testimonio de todo el bien hecho.

De ahí parte la expresión de la enseñanza de la Iglesia en la *Populorum Progressio*, que llama no solo a luchar contra la miseria sino a construir un mundo donde todo hombre puede vivir una vida plenamente humana, "liberada de las servidumbres debidas a los hombres o a una naturaleza insuficientemente dominada". (n. 4).

Siguiendo los textos litúrgicos del Antiguo y Nuevo Testamento (Is. 32, 15, 17-18 y 4, 7-9), el Pontífice destaca la relación entre justicia y paz: la paz es obra y fruto de la justicia; la premisa de la paz es el bien humano de cada dimensión de la existencia. (n. 5).

Por eso, el Papa hace una plegaria por el progreso de los pueblos y por la paz: el grito de "el Dios de la paz está con nosotros" expresa "todo el drama de nuestra época, toda la amenaza que pesa sobre ella", la amenaza de injusticia "que procede de las estructuras rígidas de sistemas en que el hombre no puede liberarse de la opresión". (n. 6).

¡El Dios de la paz esté con nosotros! Este grito expresa también todo el drama de nuestra época, toda la amenaza que pesa sobre ella. ¿Amenaza nuclear? ¡Ciertamente!

Pero, más aún: toda amenaza de injusticia, la amenaza que procede de las estructuras rígidas de sistemas en que el hombre no puede liberarse de la opresión, misterios que no se abren bastante para llegar hasta el hombre, a estar al servicio del desarrollo de los pueblos, la justicia con todas sus exigencias y la paz". (n. 7).